

IRVING LOUIS HOROWITZ

## DILEMAS Y DECISIONES EN EL DESARROLLO SOCIAL\*

LA EMERGENCIA de nuevos estados en viejas regiones de África y Asia y el desarrollo de nuevos complejos industriales en estados antiguos, especialmente en Sudamérica, han resultado ser el hecho más volátil y vital de la era moderna. El desarrollo económico en una escala internacional no sólo ha creado nuevas variedades de diferenciación social y política, sino que ya está proveyendo nuevas vías de acción en las sociedades en desarrollo. La estratificación de sociedades futuras está siendo moldeada por las decisiones tomadas hoy. El desarrollo actúa redistribuyendo fuerzas políticas y económicas, y determina las formas del nacionalismo e internacionalismo modernos. El control político, el crecimiento económico y la estructura social se intermezclan y hoy como nunca. La conciencia del desarrollo ha revolucionado la estructura del desarrollo. Por este motivo, ciertos antiguos obstáculos pueden ser eliminados del camino, a la vez que nuevas cuestiones pueden ser satisfactoriamente planteadas.

### *La naturaleza desigual del desarrollo*

Ni los continentes ni las naciones se desarrollan. Las que sí se desarrollan son áreas geográficas específicas que poseen patrones ecológicos particulares, propiedades económicas, y orientaciones psicológicas. En pocas palabras, sectores, más que sociedades, se desarrollan. Se podría hablar del rápido desarrollo de la economía brasilera, o indonesia; pero lo que es realmente significativo es el crecimiento de São Paulo y de Jakarta —crecimiento medido por los índices económicos estándar de riqueza real, crecimiento de capitales, elevación de los niveles de vida, nuevas condiciones de existencia.

Al mismo tiempo, los "costos" del desarrollo no son una abstracción. Generalmente, el que más sufre (comparativamente) en este proceso es

\* Presentado en los Cursos de Invierno —sobre los Problemas de la Sociedad industrial Contemporánea— de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Enero 28-Febrero 1, 1966.

el sector agrícola, y las gentes que más sufren son los campesinos. Aun si eligiéramos como modelo a la relativamente adelantada Unión Soviética, veríamos que la tecnología y la producción agrícolas han quedado muy rezagadas. Y si esto es cierto para la Unión Soviética, lo es más aún para recién llegados a la carrera del desarrollo tales como el Brasil — donde los contrastes entre el sector industrial y agrícola son marcados y tensos. Respecto de la naturaleza desigual del desarrollo de este “fenómeno sectorial”, un reciente estudio de las Naciones Unidas es muy instructivo:

Idealmente, la productividad agrícola crecería a una tasa correspondiente a las crecientes necesidades alimenticias de las ciudades, así como a las exigencias de los mercados de exportación, a la vez que permitiendo la disminución en el número de trabajadores agrícolas a una tasa correspondiente a la creciente exigencia de mano de obra en la industria y servicios. En la práctica, por supuesto, la transición no ocurre tan ordenadamente, y actualmente en muchos países está sucediendo algo muy distinto: la productividad apenas se está incrementando, mientras que las masas de trabajadores rurales emigran a las ciudades en busca de trabajos que, o bien no existen, o de los cuales están excluidos por analfabetismo o carencia de destrezas.<sup>1</sup>

Así, incluso durante la fase de transición, en la que se da un pasaje desde patrones rurales a patrones industriales, las diferencias entre los sectores aún se acentúan.

Estas disparidades producen fricciones. La mano de obra agrícola es más escasa, y los beneficios son menores que en el sector industrial. Pero si bien ésta constituye de seguro una situación que lleva a fricciones, es también una situación que produce cambio social. Un fenómeno enteramente nuevo surge en escena, el “hombre en transición”.<sup>2</sup> El campesino inglés había sido rápidamente absorbido en la vida industrial de Manchester y Londres porque el desarrollo era un acontecimiento nacional y existían rasgos comunes productores de solidaridad social —étnica, religiosa, y racial. El pasaje desde patrones económicos y sociales rurales o urbanos tuvo lugar en una dilación mínima y sin impedimentos exteriores. El conflicto entre sectores agrícolas e industriales en las na-

<sup>1</sup> Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, *Report on the World Social Situation, with Special Reference to the Problem of Balanced Social and Economic Development*. Nueva York: Naciones Unidas, 1961, pp. 19-20.

<sup>2</sup> Cf. Oscar Lewis, *The Children of Sanchez*. Nueva York: Random House, 1962; y William McCord, “Portrait of Transitional Man,” en *The New Sociology*, compilado por Irving L. Horowitz. Nueva York: Oxford University Press, 1964.

ciones en reciente proceso de desarrollo, a menudo produce las más agudas diferencias en cuanto a normas sociales, patrones culturales, y hábitos personales. Los elementos marginales, que no fueron integrados en los periodos de transición, no desaparecen, sino que pasan a constituir un rasgo permanente. Así se forman, por ejemplo, subsociedades marginales permanentes en las afueras de México, Río de Janeiro y Buenos Aires.

Si bien muchos economistas han señalado las “ventajas de llegar último” —es decir, el hecho de que los países actualmente subdesarrollados pueden beneficiarse con las experiencias de otras civilizaciones— demasiado pocos han expuesto con candidez las desventajas de llegar último. Y estas desventajas constituyen precisamente el rasgo más notorio al examinar las regiones subdesarrolladas. Ya hemos aludido a una de ellas: la enorme distancia entre ricos y pobres.

Otros ejemplos no tardan en llegar a la mente: 1, la intensificación, dentro del trabajo moderno, de rasgos alienantes, como cuando el “hombre en transición” debe enfrentarse a las diversas técnicas del trabajo automatizado; 2, la distancia entre las destrezas artesanales o agrícolas y los conocimientos altamente refinados necesarios para participar en la vida industrial avanzada; 3, los efectos destructores de las despersonalizadas y burocratizadas formas de la existencia “moderna” sobre los sistemas de valores tradicionalistas de los empobrecidos; 4, el aumento de la competencia entre el campesinado y el proletariado.

Resulta claro que uno de los principales problemas del desarrollo es cómo hacer extensivas sus ventajas al mayor número de individuos. En un mundo de divisiones entre un sector comercial, un sector monetario, y un sector de planeamiento público, debe observarse que los costos del desarrollo son mayores porque el número de individuos adversamente afectados por el desarrollo es mucho mayor. Estos costos en sí mismos no son sujetos a debate y sin embargo son consecuencia del desarrollo en un mundo post-capitalista. El problema moral es si el desarrollo vale estos costos. Entrar en el mundo moderno en este periodo tardío significa que un país debe pagar un precio mayor. Las “ventajas de llegar último” producirán una victoria vacía, a menos que una sociedad quiera y pueda absorber las ventajas de llegar última.

A la gente que vive en naciones altamente desarrolladas le gusta pensar acerca de cuestiones sociales en términos de voluntad humana. Aun los que creen en un determinismo social dudan en eliminar la existencia de opciones y elecciones —por lo menos dentro de cierta esfera. Pero la verdad del hecho es que, una vez puesto en marcha el proceso consciente (y quizá volitivo) del cambio social, poco puede hacerse para frenarlo.

Dicho en forma directa, ninguna sociedad conocida aceptó jamás conscientemente un nivel de vida más bajo como un rasgo permanente de la existencia social. De hecho, una causa primaria de revolución social es la incapacidad o inhabilidad de un grupo de gobernantes establecidos de mantener o acelerar las tasas de crecimiento de una sociedad. El movimiento desde el ruralismo al urbanismo puede parecerles una simple cuestión de cambio a los sociólogos, pero para la masa de la población es una cuestión de emancipación. Las mujeres son emancipadas de las obligaciones domésticas; los niños son emancipados de la fuerza laboral; los trabajadores son emancipados de las incertidumbres y tiranías de la tierra; ya las relaciones humanas, como tales, son emancipadas de la estricta necesidad económica.

¿Qué sucede, entonces, con la voluntad humana, sujeta a las tensiones de la automatización y del desarrollo rápido? Sin duda, esto es parte de la creciente ruptura entre los partidarios del tradicionalismo y del modernismo. Ser "reaccionario" en este sentido implica que a pesar de saber que el desarrollo social es irreversible, uno debe sin embargo luchar contra las fuerzas del desarrollo con la esperanza de conservar los valores tradicionales. No es accidental, por tanto, que el conservadurismo se haya vuelto mucho más estridente, y quizás irrelevante, al ser crecientemente frustrado por la irreversibilidad de los patrones del desarrollo.

La oposición al desarrollo rápido puede fundarse en razones muy justificadas, ya que toda "emancipación" es también un "sacrificio" para algún sector o clase social. La pérdida de sirvientes puede representar una verdadera privación para aquellos que están acostumbrados a una vida "aristocrática" en un mundo pre-industrial. Y las ventajas de las máquinas de lavar ropa pueden ofrecer poco consuelo a aquellos que tenían o aún tienen los medios para emplear lavadoras humanas. Sin embargo, no tiene mucho sentido derramar lágrimas de cocodrilo por los costos sociales del desarrollo para grupos que son esencialmente parasitarios. El desarrollo, al ser irreversible, también tiende a agudizar la competencia entre sectores nacionales, más que a apaciguar tales conflictos. En este sentido la dirección unilateral del desarrollo se une a su naturaleza sectorial para incrementar la presión social, incrementando así las posibilidades de revolución social como un medio hacia el cambio rápido.

De hecho, hoy el desarrollo puede lograr lo que no lograron los tantas veces repetidos *slogans* políticos del pasado: crear las bases para la teoría y práctica de la revolución permanente. Es evidente que desear un desarrollo socio-económico rápido significa aceptar las realidades de

transformaciones sociales permanentes en una escala amplia y profunda.<sup>3</sup> Esto no significa que no queden opciones —incluso pueden aumentar— pero deben operar dentro del marco del patrón de desarrollo. La nostalgia refleja, a su manera, la inhabilidad de manejar las realidades del proceso revolucionario.

### *Coerción necesaria versus terrorismo intestino*

Si bien los modelos de desarrollo heredados pueden no ser aplicables a una nación en desarrollo, está la cuestión de la relevancia de estas ideologías heredadas. Un autor ha percibido las opciones en términos de modelos totalitarios, en que hay una apropiación total del poder por parte de un único grupo y modelos autoritarios, en que el aparato formal, aun siendo represivo, permite una latitud considerable al nivel de la vida informal. Esta distinción, aunque más no sea, posee la ventaja de delinear entre esferas públicas y privadas. Si bien este modelo tiene mucho que lo recomienda, no constituye del todo una respuesta al problema en cuestión.<sup>4</sup>

El nudo del problema no es la institucionalización de salvaguardias legales. Esta superestructura legal es simplemente consecuencia de un desarrollo sin deformidades —*in vacuo*. Tales restricciones bien pueden significar el abandono del impulso revolucionario hacia el desarrollo. Comparando las tasas de crecimiento económico de China e India, observaríamos una razón directa entre la tasa de crecimiento industrial y la presencia de mecanismos de coerción. Cuando Baran señala que el estancamiento de la India se debe a que “ni puede ni quiere aceptar ese desafío [de cortar el poder del estrato propietario] y proveer el liderazgo rompiendo la resistencia de los intereses creados urbanos y rurales”, tiene en la mente el deseo y/o la capacidad de los chinos de llevar a cabo precisamente eso.<sup>5</sup> De nada sirve retroceder llenos de horror o emplear *slogans* despectivos sobre el despotismo y autoritarismo orientales.

Por tanto, es evidente que las salvaguardias legales serán violadas cada vez que el desarrollo industrial rápido reciba gran prioridad. Para

<sup>3</sup> Cf. Marion J. Levy, “Some Sources of the Vulnerability of the Structures of Relatively Non-Industrialized Societies to Those of Highly Industrialized Societies,” *The Progress of Underdeveloped Areas*, compilado por Bert Hoselitz. Chicago: The University of Chicago Press, 1952, pp. 113-25.

<sup>4</sup> Cf. Lewis Coser, “Prospects for the New Nations: Totalitarianism, Authoritarianism or Democracy”, *Dissent*. Vol. 10, Núm. 1, 1963, pp. 43-58.

<sup>5</sup> Cf. Paul A. Baran, *The Political Economy of Growth*. Nueva York: Monthly Review Press, 1957, pp. 225-6.

un ciudadano de una nación avanzada, que “internalizado” hace mucho la necesidad de restricciones judiciales, o que no ha presenciado formas parlamentarias represivas serias, es fácil sentirse indignado ante las medidas autoritarias adoptadas en las naciones de África y Asia que están entrando actualmente en el mundo moderno. Por cierto, lo que complica los patrones de crecimiento en América Latina es precisamente esta larga historia de cretinismo parlamentario, el respeto místico hacia restricciones formales, para la expropiación o redistribución de la tierra que correspondían a los intereses de las clases.

La verdadera cuestión es distinguir entre coerción necesaria —es decir aquellas formas de coerción que suprimen los intereses creados a la vez que aseguran el funcionamiento normal de las clases productivas— y terrorismo de inspiración política — es decir aquella forma de coerción que se consume en el mantenimiento del poder estatal y en la prevención de las críticas y elecciones libres ejercidas por la ciudadanía. Tanto si comenzamos con la fórmula de Lord Acton, de que el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente, o una variación sociológica más específica tal como la teoría de Roberto Michels sobre tendencias oligárquicas de la organización, o el concepto weberiano de un crecimiento en el sector burocrático como respuesta directa a las agencias racionalizadoras del poder estatal, siempre estaremos enfrentando el problema de la distinción entre coerción necesaria y terrorismo intestino.

La Unión Soviética y China representan ejemplos clásicos del fracaso en mantener una distinción entre estos dos factores. Una vez que la industrialización rápida había sido decidida, también quedaba decidido que toda oposición a este proceso representaba una traición y “destrucción”. De hacer alguna definición útil del stalinismo, ésta debiera subrayar la liquidación de la distinción entre “conflicto de clase” y “conflicto de partido”. El periodo stalinista en la industrialización rusa no se apoyaba simplemente en la coerción sino en el terrorismo. Y la distinción entre estos dos términos no es inconsecuente —el primero puede involucrar persuasión, educación, redistribución, así como expropiación, mientras que el terrorismo como principio exclusivo involucra la liquidación de toda existencia privada y el reemplazo del hombre privado por el totalmente “integrado” hombre industrial.

En este sentido un concepto de ley (lo que en ocasiones es erróneamente llamado “liberalismo”) bien puede resultar fundamental. Ya que sin reglas para la “circulación de élites”, sin reglas tanto para el liderazgo como para la pertenencia, el impulso para que la coerción se convierta en terror es casi irresistible. Esto es particularmente cierto para aquellas naciones emergentes en las cuales la “industria básica”, que en ocasio-

nes es la industria lucrativa exclusiva, es el mantenimiento del estado como tal. Esto no quiere decir que el terrorismo no posea un valor pragmático para el crecimiento. Nadie ha probado que terrorismo y desarrollo sean incompatibles. Podría argüirse que desde el punto de vista comunista son mutuamente excluyentes, y que, por tanto, la revolución es “traicionada”. Pero éste es un argumento que comienza con la necesidad absoluta de una ideología para “salir airosos” hasta la profecía final. Por más desagradable que resulte a la opinión occidental, la posición expresada por E. H. Carr e Isaac Deutscher —que la sociedad soviética ha satisfecho los requisitos de una sociedad en crecimiento, por más deformados que sean sus métodos— ya no puede dudarse.

Desde el punto de vista del desarrollo el rasgo más disfuncional de la coerción vuelto hacia adentro, convertido en terrorismo, es que el proceso revolucionario así desatado será abortado.<sup>6</sup> El “gran salto hacia adelante” en China comunista, la supresión de la doctrina de las “cien flores”, tuvo un profundo efecto de *bumerang* sobre el proceso de desarrollo. Incluso un relator tan simpatizante como Edgar Snow<sup>7</sup> critica los efectos negativos producidos por las extremadas presiones por “alcanzar a occidente” lo más rápidamente posible. La transformación de la coerción en terror sólo demuestra la eficacia política de la violencia, y no su valor para el desarrollo. Resulta significativo el que chinos hayan evitado la técnica de la purga política general y la lucha de facciones intestinas que devastara la evolución de la Rusia soviética entre 1927 y 1953. Las denuncias de stalinismo por parte de Khrushchev, cualesquiera que sean sus demás significados, son un claro anuncio que los “conflictos internos de partido” tienen poco que ver con los “conflictos de clase”, y que puesto que estos últimos han sido resueltos a favor de la combinación de un estado de trabajadores-campesinos, el desarrollo se dará a través de la “conciencia” y la “armonía”, o lo que en occidente es llamado “consenso”. Y es aquí donde encontramos las crecientes similitudes de los requisitos funcionales del crecimiento en Rusia y en occidente —por más distintos que sean los objetivos de ambas sociedades.

Los “modelos” para las naciones en desarrollo siguen llenos de paradojas. Los estilos liberales occidentales no parecen “llevar a buen puerto”. Y si bien las tradiciones sociales y políticas de muchas nuevas naciones siguen siendo de orientación occidental, la inminente necesidad de desarrollo económico y tecnológico hace que se alejen del liberalis-

<sup>6</sup> Cf. John J. Johnson (compilado por), *The Role of the Military in Under-Developed Countries*. Princeton: Princeton University Press, 1962.

<sup>7</sup> Edgar Snow, *The Other Side of the River: Red China Today*. Londres: Gollanez, 1963.

mo occidental a favor del "despotismo oriental". Dentro de este contexto el argumento más poderoso contra el terrorismo lo puede proporcionar un socialismo auténtico, que reconozca plenamente la necesidad de mantener un aparato coercivo pero que al mismo tiempo distinga claramente los conflictos de clase de los conflictos de partido, y represión necesario de terrorismo de inspiración política.

A menudo la coerción es necesaria porque las industrias privadas o bien no aceleran los patrones de desarrollo, o bien no están dispuestas a alterar los patrones de desarrollo convencionales. Aun dando por sentada la abundancia de los recursos disponibles, el inversionista privado tenderá a realizar inversiones beneficiosas y de corto alcance, y no inversiones costosas (como exploraciones en los usos tecnológicos de la fuerza nuclear) y de largo alcance. En las economías subdesarrolladas el sector privado generalmente no posee ni los medios ni el deseo de interesarse en aquellas industrias que requieren una gran inversión inicial con la perspectiva de beneficios pequeños para el futuro inmediato. En una economía de sector privado, las incertidumbres vinculadas a cualquier combinación de factores de producción industrial tienden a inhibir los patrones de crecimiento. Dado el hecho que en un país subdesarrollado los riesgos son infinitos y la tarea de formación de capital se ve complicada por variables sociales intervinientes, alguna forma de coerción será indudablemente necesaria. La coerción sería entonces utilizada para racionalizar la productividad, evitar gastos excesivos en artículos de consumo, crear las bases de apoyo para una industrialización científica, controlar los gastos de orden especulativo, y reducir al mínimo el ejercicio del poder por parte de las antiguas clases dominantes. En este sentido la coerción es de hecho el reverso del poder desnudo —ya que la primera puede implicar un amplio uso de métodos persuasivos, mientras que el segundo evita la persuasión a favor del poder desnudo— a menudo usado ignorante y maliciosamente.

### *Logro y adscripción en el proceso de desarrollo*

El arranque del desarrollo está conectado a un fuerte acento sobre los valores de logro. De hecho, implícito en el proceso de desarrollo hay un poderoso sentido de logro, de avanzar en la carrera *status* mediante el propio esfuerzo. Pero si el logro no ha de ser tomado como sinónimo de desarrollo, debe advertirse que esta motivación de logro de ninguna manera elimina valores y juicios tradicionales. Si el derecho a "progresar" dentro de un sistema social es parte de una sociedad en desarrollo, no es menos cierto que la clase social, raza o nación también tiene derecho

a progresar. La autoconciencia del desarrollo implica, por tanto, al nivel personal, al abandono de factores adscriptivos a favor de factores de logro.

La facilidad con que los esfuerzos de liberación nacional se convierten en cruzadas anti-blancas es sintomático del hecho que no sólo existe un elemento adscriptivo en el proceso de desarrollo, sino que, por lo menos en sus etapas más tempranas, bien puede constituir la catarsis esencial. Esto no representa necesariamente una ideología impuesta a las masas desde arriba. La siguiente notable entrevista hecha a un campesino del Viet Nam lo muestra:

El otro día visité (un periodista norteamericano) a un chacarero cerca de Saigón. A través de mi intérprete le pedí me dijera lo que pensaba de los americanos que venían a Indochina. Dijo: "Los blancos ayudan a los blancos. Ustedes dan armas para ayudar a que los franceses maten a mi gente. Queremos deshacernos de todos los extranjeros y el Viet Minh... lentamente está expulsando a los franceses". Le dije: "No sabe que hay un blanco detrás del Viet Minh? No sabe que Ho Chi Minh recibe órdenes de Rusia?" Dijo: "En Saigón nunca vi americanos, y sí vi franceses. Nunca oí de ningún blanco que estuviera con el Viet Minh".<sup>8</sup>

El apócrifo comentario atribuido a Mao Tse Tung de que en Asia y África, por lo menos, la guerra de la carrera es la guerra de clases, simboliza el poderoso rol de la adscripción de *status*.

Si el nudo del problema del desarrollo en su punto de arranque es una tajante *definición* de amigos y enemigos, derechos y deberes, el problema central en la etapa en que (o si) el desarrollo es iniciado es cómo una sociedad procura *consolidar* sus éxitos iniciales.

De poco sirve argüir por el mejor de todos los mundos posibles, en el cual la democracia política y el crecimiento económico se dan la mano. Esta perspectiva es predicada en la disposición por parte de las fuerzas sociales retrógradas a aceptar su expulsión pacífica y legalmente. Las clases sencillamente no aceptan su derrocamiento de buen modo, y los nuevos grupos gobernantes tampoco surgen provistos de un conocimiento completo del arte del liderazgo político. Lo que distingue a una revolución auténtica y democrática no es el mantenimiento de cánones legales tradicionales durante periodos de cambio dinámico en las relaciones económicas y políticas; sino más bien, el grado hasta el cual las etapas de transición en el desarrollo social pueden ser acortadas, y la

<sup>8</sup> Esta declaración, recogida por Fred Sparks, es citada en Hans J. Morgenthau, *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, tercera edición. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1960, p. 341.

coerción reducida, sin producir un derrumbe en el proceso de cambio social como tal.

Un colapso puede darse desde dos direcciones: o bien a través del uso excesivo de terrorismo, o a través de la ausencia de un mecanismo regulador que institucionalice las normas del desarrollo. Una vez pasada la etapa del arranque, la cuestión central pasa a ser cómo lograr que la gente trabaje con mayor eficacia y sentido de propósito. El desarrollo no depende tanto de una alta productividad como de una reducción en el gasto de esfuerzo humano *sin* ninguna pérdida correlativa de productividad material. Resulta claro que para la mayoría de la gente "desarrollo" significa simplemente (y correctamente) el grado en que la energía humana es desplazada por maquinarias. Y de hecho, las sociedades altamente desarrolladas exhiben precisamente este tipo de proceso. Sólo hace falta recordar que en la década 1860-70 en Europa occidental el promedio diario de trabajo fabril era de 14 horas, mientras que hoy oscila entre 7 y 8 horas y sigue disminuyendo.<sup>9</sup>

Lo que es aún más importante es que los trabajadores fabriles —el proletariado asalariado— constituyen una clase social en constante decrecimiento. Nuevos niveles tecnológicos no sólo acortan el día laboral sino que eliminan la necesidad de una extensa mano de obra indiferenciada. Georges Friedman incluso ha sugerido que "será necesaria una palabra distinta de 'obrero' para caracterizar las obligaciones y responsabilidades de los operarios automáticos". En este sentido "desarrollo" significa que el trabajo manual tenderá a desaparecer en cuanto necesidad social, por más útil que sea como método "terapéutico".

Este proceso de largo alcance ha dado lugar a una tercer etapa en el desarrollo: la revolución del logro como índice estándar del valor social y personal. No es tanto *quién se es* como *qué se sabe* lo que gobierna los salarios, la influencia política, la posición en la comunidad, y otros tipos de premios. Lo que aparentemente ha sido arrojado por la borda en esta etapa es una escala de valores basada en la raza, clase, nacionalidad, o afiliación étnica y religiosa. A lo largo del periodo de desarrollo industrial "clásico" ha habido una "revolución de *status*" basada esencialmente sobre la inteligencia o pericia como medida del grado de valor social. Esto no significa que no hayan existido conflictos de clase. La lucha por mayores salarios y mejores condiciones de trabajo aún es una de las principales tareas de los sindicatos y organizaciones obreras. Sin embargo, incluso en los sindicatos, ha habido un movimiento per-

<sup>9</sup> Cf. Georges Friedmann, "Leisure in an Automated World", *The Nation*, vol. 195, No. 5, septiembre 1962, pp. 89-92. Para una útil evaluación general, véase W. Lloyd Warner y Norman H. Martins (compiladores), *Industrial Man: Businessmen and Business Organizations*. Nueva York: Harper & Row, Inc., 1959.

ceptible desde las inquietudes tradicionales hacia las implicaciones más amplias de la automatización. Los sindicatos se han vuelto en gran medida como cualquier otra organización protectora de "negocios" —preocupándose por volver a capacitar a sus miembros para tareas más especializadas, protegiéndolos con inversiones sabias y prudentes, y garantizándoles alguna prioridad para los puestos disponibles antes que reclutar nuevos miembros o extender su acción hasta la parte no afiliada de la fuerza laboral.

Las organizaciones laborales, como las organizaciones de negocios, tienden crecientemente a tener problemas comunes y, por tanto, también valores comunes. En las fábricas automatizadas las inquietudes relativas a la dirección reemplazan a los cismas clasistas tradicionales — y las formas de división del trabajo se alteran. El técnico "obrero" calificado y el ingeniero de la "dirección" tienen más en común de lo que cualquiera de ellos tiene en común con sus respectivas clases tradicionales. Este proceso de redefinición de roles de trabajo está lejos de haber finalizado, e incluso puede decirse que se encuentra en una etapa naciente. Sin embargo, los sistemas tradicionales de estratificación han sufrido la suficiente transformación como para examinar algunos rasgos generales de una tercera etapa del desarrollo.

En cuanto a los nuevos rasgos del desarrollo, parecen estar implícitos en lo que ya ha sido dicho. El acento es puesto ahora sobre la redefinición de las relaciones sociales en términos de vínculos "funcionales" más bien que de antagonismos de "clase". Pero lo que es más importante, el proceso de logro es acompañado por un crecimiento de las relaciones autónomas, antes que por integradas relaciones fabriles o de oficina. El lugar de trabajo se convierte en una propiedad accidental de la vida urbana, y no la causa del proceso de urbanización. La vida urbana no consolida la afiliación de clase; más bien, conecta al obrero con asuntos fuera de su trabajo. Los obreros están ligados los unos a los otros, y desarrollan lo que Durkheim llamó "solidaridad", no a través de la vida fabril como tal sino en términos de su especialización. Los hombres de ciencia exhiben un interés por su profesión, y no por la institución en la cual se desarrolla su trabajo. Esto significa que en las etapas avanzadas del desarrollo la preparación profesional es la condición esencial para la movilidad en el trabajo. A mayor grado de profesionalización, menor vinculación a un lugar de trabajo fijo; y viceversa, a menor capacitación profesional, mayor vinculación institucional. El grado de movimiento resultante de un cambio de trabajo es un índice de la aceleración de la movilidad social en las etapas avanzadas del desarrollo. Las afiliaciones marginales son características del período moderno.

¿Qué sucede entonces con las distinciones injustas en un mundo en que prevalecen los valores de "logro"? Ésta es una pregunta de carácter altamente especulativo. Las respuestas, por más tentativas, parecen quijotescas. Parece haber un retorno a una cuarta etapa de "saturación". Reaparecen problemas que supuestamente habían sido superados en etapas más tempranas del desarrollo. Resulta claro que el proceso de movilidad social no ha eliminado la estratificación social. Tan es así que la estratificación a través de capacitación y "conocimiento" se vuelve difícil de mantener, dando lugar a la estratificación a través de la adscripción.

En gran medida la busca de la diferenciación de *status* adquiere dimensiones raciales y religiosas. En una etapa avanzada de desarrollo industrial, Alemania presenció una increíble manifestación de odio religioso que llevó al genocidio en masa. Los Estados Unidos exhiben actualmente problemas entre negros y blancos que harían parecer benignas a la mayoría de las luchas de clase. Es decir que la industrialización no constituye un elemento homogéneo que actúa sobre todas las demás variables.

Lo que es más, el logro de la abundancia industrial no es una garantía automática de que todos los sectores sociales han de compartirla por partes iguales. Es por eso que las luchas políticas son más pronunciadas que nunca. La elección entre sectores capitalistas y socialistas se reduce esencialmente a una decisión de quién es capaz de conducir mejor los asuntos de estado. La producción económica es sujeta crecientemente a control político. ¿Quién entonces ha de manipular a quién? La plataforma política con inquietudes por los derechos empresariales o los salarios de los obreros resulta sencillamente irrelevante en esta etapa. Los partidos políticos logran apoyo a través de sus actitudes públicas sobre igualdad racial, tolerancia religiosa, política inmigratoria, etcétera. La movilidad social viene a depender de la manipulación política de los símbolos de adscripción. Las cuestiones de logro dejan de ser puntos de fricción. Ésta es, entonces, la paradoja. El proceso de desarrollo ha avanzado lo suficiente como para alterar actitudes individuales recientes. Puede agregar una nueva variedad a antiguos sistemas adscriptivos, intensificando la competencia de grupo y destrozando al individuo en busca de un "lugar sólido" dentro del sistema establecido.

La persistencia de valores adscriptivos, una vez que las normas de logro han sido más o menos realizadas, puede ser reflejo de la condición general de anemia existente en las naciones avanzadas. Hay una busca creciente de formas de control político que superen las formas heredadas de los sistemas de estratificación. El cambio desde una economía natural de mercado a una economía planeada puede ayudar a resolver pro-

blemas de motivación de logro, pero apenas si roza la racionalización de la sociedad en términos de valores adscriptivos. Por ese motivo, debe decirse que el desarrollo es básicamente un proceso en curso, y no un hecho. El desarrollo no es ninguna panacea. La industrialización no pone término a los conflictos humanos. Un aumento en la velocidad del cambio acelerará los conflictos.<sup>10</sup> Es utópico en extremo el que una nación se encauce por la senda del desarrollo industrial con la esperanza de poner fin a las luchas sociales y rivalidades políticas.

Es necesario comprender que los "riesgos" del desarrollo se mantienen intactos, a la vez que aumenta el número de personas dispuestas a correr riesgos para lograr *status* social. Los riesgos valen el precio sólo si se atribuye mayor valor a la transformación social que a la estabilidad. El entusiasmo por lo nuevo es un valor del occidente contemporáneo. Mal nos corresponde, por tanto, condenar a otros por derribar sus formas de tradicionalismo, o sancionar únicamente aquellos modelos que han sido puestos a prueba (satisfactoriamente o no) en otros lugares.

### *Riesgos y decisiones políticas*

Sería una sobresimplificación el considerar la asunción de riesgos exclusivamente en términos de una disposición a alterar los patrones culturales heredados. Por ejemplo, está la cuestión de la relativa facilidad con que Cuba resolvió el "problema religioso", así como la relativa dificultad en que se vio Hungría. El catolicismo en Hungría ha sido una fuerza desde antiguo, profundamente enraizada en las tradiciones nacionales, mientras que en Cuba nunca logró firme asidero debido a que el Vaticano mandara curas españoles que desconocían los problemas de la sociedad cubana. Por tanto, los riesgos deben ser medidos en términos de pérdidas tolerables.

Poco tiempo después de haber obtenido una relativa independencia del antiguo poder colonial, la nueva nación se enfrenta a ciertas alternativas políticas: *a*) mantenimiento de una balanza comercial favorable con el antiguo poder colonial, lo cual involucra el peligro de abortar el desarrollo social y crear inestabilidad; *b*) asumir una política financiera y comercial totalmente independiente, lo cual significa entrar en el Tercer Mundo, y, por tanto, puede abortar el desarrollo social al negarle al país los productos capitales y las necesidades tecnológicas básicas

<sup>10</sup> Para un interesante análisis especulativo de las "fases" especiales y "niveles múltiples" (orientación doble) del desarrollo, véase Alain Touraine, "Sociologie du développement", *Sociologie du Travail*, Vol. 15, No. 2, abril-junio 1963, pp. 156-74.

que sólo pueden ser proporcionadas por las áreas plenamente desarrolladas; y c) pasar directamente al "bloque socialista" (o a la inversa, desde el "bloque socialista" al capitalista o a un bloque neutral), lo cual puede abortar el desarrollo social a través de una agresión militar externa o la perspectiva de nuevos conflictos civiles. La alineación de sectores dentro de las nuevas naciones se halla crecientemente bajo el peso de la especialización industrial y comercial.

El "simple" proceso de desarrollo corre graves riesgos, por más fluida que sea la transición interna. La propia entrada de una nación nueva en la carrera del desarrollo, necesariamente ha de tener serias consecuencias sobre los equilibrios de poder y comercio establecidos. Por eso el lema del Tercer Mundo parece ser: buscad primero el reino político y el resto vendrá por sí solo. Es imposible comprender la emergencia de un Tercer Mundo como tal sin comprender que éste es una mezcla de naciones que llegan a un mundo que gira en términos de bloques conducidos por los Estados Unidos o la Unión Soviética.

Así, una serie de países del Tercer Mundo han procurado entrar en el mundo económico moderno con un mínimo de riesgos políticos. El hecho es, por supuesto, que las variaciones de modelos capitalistas y socialistas son enteramente posibles, dadas las peculiaridades históricas de Asia y África. El militarismo burocrático (nasserismo en Egipto, Sukarno en Indonesia) que impone un socialismo tutelar desde arriba constituye una tendencia creciente. Por otro lado, en Yugoslavia existe un sector agrícola "semiprivado" dentro de un marco principalmente socialista. Pero éstos son interregnos, situaciones intermedias que se mueven en la dirección de economías de sector público o de sector privado. El problema de la asunción de riesgos y la decisión política involucra decisiones fundamentales en cuanto a la dirección de un sistema social.

La mayor confusión parece resultar de la falta de distinción de las diferencias entre estrategias políticas y estructuras económicas. Demasiados líderes del Tercer Mundo tienden a hacer declaraciones pías en términos de haber creado nuevas formas de conducta económica "nacional"; y demasiado pocos están dispuestos a admitir el verdadero carácter económico de sus gobiernos. Tal "comisión" puede involucrar en sí misma serios riesgos. Cuando Cuba anunció que sus objetivos estaban guiados por el marxismo, o cuando Egipto, India, y Guinea hicieron pronunciamientos similares en términos socialistas, cada nación corrió el riesgo de ser excluida de los privilegios tradicionales comerciales y de empréstitos. Debe concluirse que el desarrollo en las áreas subdesarrolladas tiende fuertemente a ser socialista porque el planeamiento es en sí mismo una consecuencia de la autoconciencia del desarrollo.<sup>11</sup> Pero la necesidad de evitar levantamientos políticos internos asegura la

no intervención en los conflictos entre Este y Oeste como un hecho de largo alcance del desarrollo nacional en los países nuevos.<sup>12</sup>

El límite hasta el cual una nación nueva está dispuesta a correr riesgos está directamente vinculado a su riqueza social. Puede utilizarse la siguiente ecuación aproximada: mayor es la riqueza de una nación, menor es el número de riesgos que juzga necesario asumir; mientras que a menor nivel de desarrollo, mayor es la cantidad de riesgos necesaria para alcanzar la paridad respecto de los demás. Esta razón de riesgos mayores-menores está sujeta a modificaciones. Por ejemplo, pareciera que a pesar de lo belicoso del lenguaje del régimen comunista chino, de hecho su política respecto de las islas costeras (por ejemplo Taiwán) ha sido bastante cauta. Sin embargo, es un hecho generalmente válido que cuanto mayor es la pobreza de una nación, mayores son las probabilidades de que recurra a la fuerza y a la violencia, e incluso a la guerra, para lograr la paridad respecto de los estados circunvecinos.

Por este motivo la pugna por el desarrollo ya no toma la forma de una contienda entre las naciones del bloque capitalista y las del bloque socialista, sino más bien de un conflicto entre naciones ricas y pobres —es decir—, entre naciones que tienen mucho que perder en cualquier conflicto internacional y aquellas que, aunque puede que prefieran soluciones pacíficas, arriesgarían en un conflicto abierto antes que aceptar el estancamiento. Las virtudes de la lucha son realizadas por encima de las del gobierno, Albert Hourani ha expresado bien la cuestión:

Los nuevos estados se encuentran enfrentados a los intereses y presiones de los Grandes Poderes, y también a sus vecinos que, aun si no son Grandes Poderes en el sentido estricto, pueden serlo en términos proporcionales. Lo que es más importante, son afectados por nuevas ideas, por esa nueva ideología del desarrollo económico y social que está tomando el lugar de la ideología del nacionalismo, o bien dándole un contenido nuevo. El mundo moderno cree que sólo a través del desarrollo económico pueden ser fuertes y económicamente unidas las naciones; sólo un estado en desarrollo puede ser moralmente sano y unido. De modo que el problema sigue siendo el de la fuerza, y el de las virtudes sociales y políticas que están inseparablemente conectadas a ella.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Cf. Karl Mannheim, *Freedom, Power, and Democratic Planning*. Nueva York: Oxford University Press, 1950, esp., pp. 41-76.

<sup>12</sup> Cf. Kwame Nkrumah, *Building a Socialist State*. Accra: Government Printer, 1961; y también, *I Speak of Freedom*. Nueva York: Frederick Praeger, 1962.

<sup>13</sup> Albert Hourani, "Revolutionary Nationalism", en *History and Hope; Progress in Freedom*, (compilado por) K. A. Jelenski. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1962, pp. 106-7.

Además, la naturaleza rápida del desarrollo tiende a postergar la solución de cuestiones relativas a la guerra y a la paz, o al capitalismo y socialismo; entra en juego una especie de egoísmo nacional, que vincula la invisibilidad política al desarrollo económico. La notable recuperación de la economía francesa entre 1955 y 1963 no condujo necesariamente a una disminución de los riesgos —ya que el desarrollo es comparativo en todo sentido. Francia buscó la paridad en la carrera termonuclear, así como en la carrera industrial. De manera que la paradoja es que el simple crecimiento cuantitativo de la productividad nacional y estilos de vida no constituye una garantía de seguridad internacional. El Tercer Mundo ha estado en el frente de los esfuerzos por pacificar la balanza termonuclear del terror. El que esto sea una circunstancia temporaria, ocasionada por la impotencia militar de las naciones nuevas, o un aspecto permanente de la ideología del desarrollo, constituye una cuestión del futuro.

#### *Desequilibrio entre estilos de vida y estilos industriales*

La desproporción entre los niveles de vida personales y los niveles de productividad industrial constituye una compleja cuestión de estudios de mercado. Existe una creciente disparidad entre los mercados domésticos y extranjeros respecto de los artículos industriales producidos en áreas del Tercer Mundo. En el periodo de arranque, el proceso de industrialización es sustentado por las grandes necesidades de la población interna, pero a medida que este mercado se expande, el país a menudo se encuentra en la imposibilidad de vender sus excedentes a los mercados externos, particularmente a los países avanzados. La economía se deprime hasta el estancamiento, mientras que la población se vuelve crecientemente condicionada a niveles de vida más altos como algo consonante con la evolución del proceso industrial como tal. Así, a la vez que la población industrial se halla condicionada a altos niveles de producción y consumo, la fábrica industrial se ve obligada a realizar cortes en su productividad.

Careciendo del impulso necesario para sustentar una alta tasa de productividad, las naciones del Tercer Mundo se ven forzadas dentro de un ciclo de tomar capitales a préstamo en gran escala, aunque no fuera más que para sustentar los niveles de vida ya logrados o para satisfacer las esperadas pero incumplidas exigencias hechas a la economía por su población.

En pocas palabras, donde existe el capitalismo hay una gran competencia por los mercados. En condiciones de libre empresa, las desventa-

jas de llegar al último son más notorias. Y dado el hecho que la población no está orientada a sacrificarse para “la próxima generación”, ni dispuesta a sufrir coerciones como en el proceso de desarrollo socialista, la contradicción entre los niveles de vida social y los de la industrialización se agudiza. En tales condiciones, lo probable es que el país o bien regresa a un marcado acento sobre el sector agrícola, o bien busque ayuda económica y mercados comerciales fuera de las principales naciones del bloque capitalista. En cualquier caso, una autodeterminación total es imposible mientras los mercados externos determinan el carácter de la producción social.

Este proceso —combinado con un continuo atraso agrícola, inversiones inadecuadas en las empresas de sector público, y la sobre-acentuación de una parte de la base industrial (la de orientación hacia el consumo)— coloca al sistema económico en una *impasse*. Las maneras de romper esta *impasse* son examinadas en otra parte. Debiéramos notar, sin embargo, las formas en que las naciones capitalistas avanzadas podrían ser de alguna ayuda: esfuerzos vigorosos por parte de los Estados Unidos y Europa occidental por abrir sus mercados a las exportaciones de los países del Tercer Mundo, ayuda técnica extranjera en la modernización de las operaciones fabriles, pero sin condiciones, y un auto-impuesto apartarse por parte de los principales poderes de sus propias inversiones en las empresas privadas extranjeras.

Todas estas posibilidades presuponen un grado de libre albedrío económico que no existe más que en los libros de texto de economía. El que sea o no teóricamente posible construir un modelo en el cual los estados capitalistas avanzados ceden parte de su monopolio económico sobre el comercio internacional es un problema irrelevante. La cuestión es que simplemente no operan de esta manera; el que esto se deba a “leyes del mercado” o a intereses subjetivamente percibidos no importa demasiado. El efecto de su monopolio económico sobre los países del Tercer Mundo es el de incrementar la brecha entre niveles de vida personales y niveles de productividad industrial —diseñados para un mercado interno, y patrocinados por capital extranjero. Inevitablemente surge un problema cuando se presenta el momento de pagar las deudas— que invariablemente llega. Ambas partes del contrato (la nación avanzada y la nación subdesarrollada) deben hacer una elección en términos del camino a seguir.

Mientras la respuesta por parte de la nación avanzada sea prolongar los términos del crédito, el *status quo* puede mantenerse. Pero cuando ocurre alguna crisis monetaria (u otra), no habrá más créditos hasta tanto la nación subdesarrollada acceda a cooperar con la nación acreedora. En ese momento la nación subdesarrollada puede o bien acceder

y correr el riesgo de una revolución desde abajo (puesto que tal movilidad descendente es a menudo inaceptable para el proletariado urbano y también para ciertos sectores medios y burocráticos), o bien resistir esas presiones, presentar una nota de cancelación de la deuda, y provocar (o inducir) una revolución desde arriba —que corre el riesgo de invasión extranjera, guerra, bloqueos, etcétera.<sup>14</sup> De todos modos, resulta claro que mientras siga ampliándose la brecha actual entre las exigencias del consumo y el potencial productivo, no podrá haber estabilización alguna en el Tercer Mundo y ciertamente ninguna basada en la simple expansión de la innovación tecnológica y el crecimiento industrial.

*El desequilibrio entre disponibilidades industriales y logros educacionales*

La opinión pública en las naciones avanzadas sostiene la creencia que los revolucionarios y los comunistas son criaturas de la pobreza y la ignorancia. Por tanto, están firmemente convencidos que el desarrollo educacional es una condición necesaria para un genuino cambio social. Así, la Alianza para el Progreso tiene como meta principal la manufactura de contento social a través de niveles más altos de logro educacional. De hecho, estas orientaciones educacionales tienen el efecto inverso. Como resultado de una educación mayor y más especializada, se da un alza correlativa de las expectativas. Y la incapacidad por parte de la mayoría de las sociedades subdesarrolladas de colmar estas expectativas crea una aguda conciencia de la brecha existente entre capacidad de trabajo y trabajo disponible.

Lo que está sucediendo en las regiones más desarrolladas de Latinoamérica, especialmente en Argentina y Brasil, es que los niveles educacionales han aumentado significativamente en cada generación, a la vez que ha habido un relativo estancamiento en los centros económicos y productivos. La no realización de las expectativas profesionales crea así un clima revolucionario. En las culturas de pobreza existe un relativo equilibrio entre las expectativas y los estilos de vida. Los que viven en las favelas de Río o en las Villas Miseria de Buenos Aires puede que

<sup>14</sup> Para un examen extremadamente interesante de este fenómeno de la brecha estructural entre estilos de vida y exportaciones industriales, véase David Felix, "Monetarists, Structuralists, and Import Substituting Industrialization". Trabajo preparado para la conferencia de Río de Janeiro sobre Inflación y Crecimiento, enero 3-11, 1963. *Studies in Comparative International Development*, Vol. I, No. 10, 1965, pp. 137-53.

tengan que enfrentar grandes dificultades y horrores. Pero como la mano de obra calificada se mantiene relativamente conforme, hay pocas esperanzas de algún vínculo entre las clases calificadas y las clases bajas.

Por otra parte, allí donde las posibilidades de trabajo exceden con mucho los niveles educacionales, el atascamiento así creado lleva a una frustración que sólo puede ser resuelta por medio de un reacondicionamiento revolucionario de la estructura social. Planes para una reforma educacional en masa son realizados mejor en sociedades capaces de movilizar o integrar amplios sectores de las "masas". Una alta capacidad productiva sin un correspondiente amplio programa educacional deja a la sociedad sin el personal capacitado para la conducción de sus asuntos. Por lo tanto, las esferas educacional y productiva deben estar mutuamente integradas.

El desequilibrio no sólo actúa como un freno al desarrollo social sino también como un gatillo para enderezar esta situación. Es evidente que el desequilibrio estructural constituye una base causal de las revoluciones. En las áreas en desarrollo los estudiantes universitarios (en condiciones de baja productividad y estancamiento ocupacional) y los funcionarios burocráticos (en condiciones de bajos niveles educacionales y analfabetismo en gran escala) constituyen el sostén principal de los movimientos radicales y revolucionarios. Este no es meramente un fenómeno relativo a alguna clase social o grupo ocupacional; no es una manifestación de "autoritarismo de clase obrera" o de "revolucionarismo de clase media".

La presencia de altas de analfabetismo o la ausencia de oportunidades de trabajo para el eventual profesional no pueden ser aisladas del tipo especial de "educación disfuncional" que tiene lugar en muchos países subdesarrollados, especialmente los de mayor antigüedad, que han sido furtermente influidos por gustos aristocráticos e inquietudes filosóficas. Esto produce un prejuicio anti-industrial; la educación tampoco está aparejada para conceptos industriales de preparación profesional, aun prestando importancia a la educación de una clase ociosa culta y de conversación estimulante. Esto acentúa la crisis de utilizar "mano de obra" con títulos avanzados.

Un escritor de asuntos latinoamericanos, William S. Stokes, señaló a los "pensadores" como particularmente responsables de esta educación disfuncional, a la vez que considerándolos un reflejo de ella. Si bien el problema no puede ser encuadrado tan específicamente, esta información debiera suscitar una pausa en aquellos que piensan que el crecimiento educacional es indispensable para el crecimiento económico. Stokes construyó una muestra que incluía a trece universidades de ocho países latinoamericanos, además de las cifras correspondientes a todas

las escuelas secundarias y universidades del Brasil, para los años 1950 a 1952. Los resultados de su investigación son los siguientes:

El número total de estudiantes en todas estas universidades era de 82 135, de los cuales 45 540 o casi el 66 1/2% eran de derecho, medicina e ingeniería. Derecho, medicina e ingeniería constituían las tres elecciones principales en Brasil (cifras combinadas de 115 escuelas secundarias y universidades) y en 9 de las otras 13 universidades de la muestra. En Brasil había 30 escuelas de derecho con 11 455 estudiantes, y sólo 12 escuelas de agricultura con 1 188 estudiantes, una razón de casi 10 estudiantes de derecho por cada estudiante de agricultura. Había sólo 539 estudiantes de veterinaria en todo el Brasil. Argentina depende de la agricultura y ganadería para gran parte de su ingreso nacional, y sin embargo en la Universidad Nacional de La Plata había en 1956 2 169 estudiantes de ciencias jurídicas y sociales, y sólo 62 estudiantes de agronomía y 42 de veterinaria.<sup>15</sup>

Las clases educadas de muchas naciones del Tercer Mundo con una larga tradición de independencia unida a una composición fija de clase y de *status*, han expresado la creencia de que el ocio es superior al trabajo, y que las ideas abstractas son más importantes que la habilidad técnica. De este modo, comunidades enteras son orientadas hacia la búsqueda de sinecuras, para obtener horarios de trabajo más breves sin ningún correspondiente perfeccionamiento en los estilos de trabajo, y en general para evitar los trabajos pesados cuando quiera y donde quiera sea posible. Las espirales inflacionarias persistentes, la ausencia de motivos para ahorrar, y el carácter inestable del comportamiento político, actúan reduciendo la eficacia de las clases educadas.

Habiendo establecido normas para vivir la vida de las ideas y evadirse de la vida del trabajo, la inteligencia enfrenta una creciente demanda para los productos del trabajo, sin ningún deseo de participar en su creación. Así, hay un esfuerzo por capturar el proceso de desarrollo como un todo con la esperanza de que la Providencia proveerá lo que la élite educacional no es capaz de crear —una forma avanzada y moderna de vida industrial en un clima intelectual de técnicas pre-capitalistas y de ideologías post-capitalistas. Desgraciadamente, la élite está atrapada a la vez por el tradicionalismo y el utopismo.<sup>16</sup>

Latinoamérica no está sola en su acento sobre el *status* relativamente

<sup>15</sup> William S. Stokes, "The 'Pensadores' of Latin America", en *The Intellectuals* (compilado por), George B. de Huszar. Glencoe, Ill.: The Free Press, 1960, p. 426.

<sup>16</sup> Cf. Irving L. Horowitz, "The Philosophy of History in Latin America", *History and Theory; Studies in the Philosophy of History*, Vol. II, No. 1, 1962, pp. 85-9.

bajo del trabajo manual o de los negocios. Lo mismo es cierto para naciones musulmanas tales como Turquía, Siria, Iraq e Irán. A pesar de los recursos de estos pueblos, su liderazgo educacional subvierte los esfuerzos hacia el desarrollo asignando una prioridad especial a las ideas separadas de la tecnología. El hecho es que el Medio Oriente tenía una larga tradición en las ciencias prácticas a lo largo del periodo medieval. Una vez que los conceptos occidentales de mecanización hubieron alcanzado la sociedad del Medio Oriente para ser promulgados por la élite educacional, la actitud respecto del trabajo manual cambió. Trágicamente, la brecha entre la tecnología científica y las perspectivas educacionales de las clases ociosas se va haciendo más amplia, en lugar de más estrecha. Bernard Lewis puso la cuestión de la manera siguiente:

La medicina, ingeniería, y otras ciencias útiles eran enseñadas en las primeras escuelas militares; los tratados científicos estaban entre los primeros trabajos occidentales traducidos al turco y al árabe, pero muchos graduados de medicina preferían ser administradores antes que ensuciarse las manos con pacientes, y las escuelas científicas seguían siendo excrecencias extrañas y exóticas, que requerían constantes cuidados y renovados injertos de occidente. No ha habido ningún desarrollo real de trabajo científico original, tal como existe en el Japón, la China o la India, y cada generación de estudiantes debe extraer nuevamente de las fuentes de occidente, que entre tanto ha estado realizando progresos enormes. El resultado es que la disparidad en conocimiento científico, capacidad tecnológica, y, por tanto, en poder militar entre el Medio Oriente y los país avanzados de Occidente, es mayor hoy que hace cien o cincuenta años, cuando comenzara todo el proceso de occidentalización.<sup>17</sup>

El que todo gobierno revolucionario del siglo veinte se haya alejado de las orientaciones ideológicas acercándose a las aplicaciones tecnológicas, y el que tales reorientaciones a menudo hayan tomado la extraña forma de un conflicto entre la tradición humanista y la científica, puede atribuirse al proceso histórico de la educación disfuncional.

Podríamos resumir este punto de la manera siguiente: el problema inicial en la mayoría de los países del Tercer Mundo es una ignorancia nacida del analfabetismo y falta de capacitación. El segundo problema es que, una vez que ha sido establecido un marco educacional básico, las fuerzas adscriptivas y la baja situación general de la movilidad social actúan para impedir la utilización de la educación hasta el grado

<sup>17</sup> Bernard Lewis, "The Middle East versus the West", *Encounter*, vol. XXI, No. 4, la totalidad del número 121, octubre 1963, p. 28.

máximo. El último punto es que el proceso educacional a menudo es obstaculizado por la estructura de valores y la posición social favorable del educador —quien infunde a la sociedad entera una orientación e ideología que es a la vez revolucionaria en su fraseología y reaccionaria en su contenido; es decir, actúa como impedimento para un desarrollo sólido y equilibrado, a la vez que exige cambios revolucionarios que presuponen una cultura material relativamente abundante.

### *El desequilibrio entre desarrollo político y económico*

El desarrollo de una estructura política madura no implica necesariamente desarrollo económico; y de la misma manera existen muchos casos de desarrollo económico dentro de un sistema político estancado. Argentina, por ejemplo, posee la tasa de productividad *per capita* más alta de América Latina. Es la única nación latinoamericana con relativamente pocos resabios feudales. Y, sin embargo, Argentina mantiene una estructura política parecida a la de la mayoría de Latinoamérica. Posee una poderosa autoridad militar centralizada que funciona como un “estabilizante” y “formulador” político, al igual que en las partes no desarrolladas del hemisferio. Por otro lado, Bolivia, que hasta hace poco tenía una estructura política con participación obrera directa en el proceso de toma de decisiones, sigue siendo la nación más pobre en términos productivos, con la excepción del Paraguay, superando a todas las demás naciones en la cantidad de ayuda extranjera *per capita* que recibe de los Estados Unidos.

Las coaliciones de madurez política y desarrollo económico no son usuales. Esto destruye la idea de que la economía es la “base” y la política la “superestructura”. El modelo reciente dentro del Tercer Mundo es desarrollar un aparato político que esté en condiciones de imponer orden e independencia a la economía. Sólo a través de agencias políticas pueden organizarse comisiones de planeamiento; sólo a través del ejercicio de la coerción política puede iniciarse la expropiación y redistribución económica. Debe señalarse que madurez política no es equivalente a coerción política —la dependencia respecto del aparato coercivo de un estado demuestra la ausencia de reorganización voluntaria y de un consenso común.

Todo este problema puede verse muy claramente en la victoria del bolchevismo, una victoria política en una nación subdesarrollada.

El stalinismo identificaba al socialismo con el internacionalismo sólo en teoría. En la práctica, el socialismo y el nacionalismo eran celebrados. El comunismo no se volvió anatema en occidente a través de sus conceptos intrínsecos, puesto que esas creencias eran antiguas y honorables

aun en los Estados Unidos a lo largo del siglo XIX. La animosidad derivaba de la suposición de que construir un socialismo estatal en una nación atrasada era sinónimo en sí mismo de los ideales y valores socialistas. Por otro lado, el capitalismo no es anatema en sí mismo, sino más bien en la creencia que el capitalismo y los intereses de los Estados Unidos (y anteriormente Europa occidental) son sinónimos. Así, toda defensa del capitalismo como economía ha venido a significar una defensa de los Estados Unidos. Y ésta no es una defensa fácil de hacer, dada la historia de las relaciones diplomáticas y económicas de los Estados Unidos con las naciones nuevas.

El tema de la relación entre nacionalismo y socialismo es por demás delicado. Decir la "sencilla" verdad, que no son la misma cosa y que pueden requerir agencias o instrumentos distintos para su realización respectiva, no dice mucho acerca de su interacción.

Las etapas tempranas del ímpetu del desarrollo generalmente inspiran un pleno apoyo por parte de todos los sectores principales del área subdesarrollada en cuestión. Cuando el acento está sobre la eliminación del capital extranjero y la transformación de una masa heterogénea en una nación homogénea, es políticamente superficial plantear los peligros y amenazas de la nacionalización para el aparato político socialista, o bien los peligros del socialismo para la nacionalización. A este nivel, el "enemigo común" es externo, y, por tanto, el desequilibrio entre el desarrollo económico y político apenas se manifiesta. El problema para el liderazgo político es *animar* a la población total, y no ejercer *coerción* sobre cualquier sector dado.

Después de la conclusión exitosa de esta etapa inicial, no existen garantías de que el aparato político será conducido a apoyar a algún sistema económico en particular. De hecho, la tendencia hacia una mezcla económica de formaciones capitalistas y socialistas es bastante fuerte. Israel, que logró su independencia en 1948, y que en aquella época tenía un sector laboral y agrícola poderosamente orientado (si no dominado) hacia el socialismo, se ha movido crecientemente desde entonces hacia la promoción de inversiones privadas extranjeras, y la creación de una burguesía nacional —en nombre de la seguridad y fuerza nacional. Indonesia, que también logró su independencia después de la Segunda Guerra Mundial, exhibe un patrón distinto —crecientemente orientado hacia la socialización de la nación— a través de la intervención militar desde arriba, más que de presiones políticas de las masas desde abajo. El ejemplo de Indonesia muestra que el socialismo es más una meta a perseguir *después*, y no antes, de concluida la fase revolucionaria nacionalista.

Evidentemente, un motivo central por el cual el Tercer Mundo no se

encuentra bajo el ataque o criticismo constante de los dos principales bloques de poder, Oriente y Occidente, es el simple hecho de que la fase nacionalista de la revolución aún no ha finalizado, de modo que las naciones nuevas son potencialmente compatibles con formaciones económicas tanto capitalistas como socialistas. Pero hay una cosa que no es aceptada: que los defensores del socialismo o del capitalismo identifiquen el proceso de liberación nacional como perteneciéndoles por definición. El reclutamiento necesario para la revolución nacional es algo enteramente distinto de la diferenciación de clase involucrada en una revolución socialista.

El problema de qué perspectiva adoptar respecto de las naciones en desarrollo de África, Asia y América del Sur es, por tanto, bastante más complejo de lo que inicialmente parece. "Hombres de buena voluntad" podrán vitorear el logro de la soberanía nacional, pero esos mismos hombres podrían sentir una genuina aprehensión acerca de la "balcanización" de África. ¿Apreciarían los "hombres de buena voluntad" —que también son hombres de empresas capitalistas— el surgimiento de un espíritu anti-imperialista y antiburgués en las naciones nuevas? Y los "hombres de buena voluntad", ¿no podrían deplorar el desplazamiento de inversiones de capital extranjero por una burguesía nacional inferior, y probablemente más dura, dispuesta a aislar a la nueva nación de la competencia extranjera, y a reducir al mínimo el programa de nacionalización industrial del país?

En parte el problema no es tan insoluble como parece en un principio. En primer lugar, el nacionalismo y el socialismo de hecho están vinculados en muchas de las naciones nuevas. Por tanto, el desequilibrio entre las ambiciones políticas y la estructura económica no es tan pronunciado como podría serlo si los socialistas adoptaran una ideología "internacionalista" antes de completado el periodo de liberación nacional. En segundo lugar, ciertas formas arcaicas de producción económica simplemente no son viables para naciones nuevas con bajos niveles de acumulación capitalista —el estado debe entrar en los "negocios" por necesidad, no por elección. Puede tener que nacionalizar el petróleo, el carbón y las industrias químicas, si es que quiere poseer tales industrias. Lo probable es que sólo el aparato político puede reunir la cantidad de capital y recursos humanos necesarios para entrar en el mundo industrial moderno, y en este sentido, la política del nacionalismo bien puede promover estructuras económicas socialistas. El Ministro de Desarrollo de Mali, Seydou Kouyate, expresó el problema con claridad:

De hecho, la organización política ha sido el crisol en que el campesino y el habitante de la ciudad se han encontrado. Ha arrancado al

primero de su aislamiento, y curado al segundo de su desdén hacia el campo, logrando prácticamente la unidad nacional de la cual derivaba su fuerza. Así, la brecha que existía entre la ciudad y el campo ha sido llenada, y los varios estratos de la población han sido unificados en una sola corriente orientada hacia los objetivos políticos.<sup>18</sup>

En tercer lugar, el mismo nacionalismo posee un efecto de “ábrete sésamo”; es decir, después de una revolución se hacen posibles formas de experimentación económica que no son posibles sin una revolución o incluso durante una revolución. La determinación económica no entra siquiera en consideración. El problema no es qué forma de economía promoverá mejor el desarrollo, sino el proceso de nacionalización que ha de permitir que el desarrollo tenga lugar.

Bien pudiera ser que “desarrollo” signifique “internacionalismo” —la cooperación entre estados y complejos regionales que sólo puede ser completamente realizada cuando el nacionalismo es eliminado. Pero dado que entrar en la fase del despegue del desarrollo significa haber atravesado algún tipo de revolución nacional, la nación como símbolo alcanza una importancia que hace imposible su reemplazo por una organización internacional más racional. El pasar del *status* colonial a ser parte de la humanidad liberada simplemente a través de un proceso de auto-liquidación por parte de los poderes imperiales establecidos, es un pensamiento agradable, pero no constituye más que la expresión de un deseo. Es una paradoja que el nacionalismo, que es el protagonista supremo del internacionalismo, sea al mismo tiempo su condición necesaria. Por otro lado, pudiera ser que el “saltar etapas” no sea posible en el sector económico. Bien pudiera ser que un extenso periodo de explotación nacional reemplace el periodo de explotación colonial, a través del desarrollo de un poderoso aparato político que extraiga una mayor productividad de la fuerza laboral (generalmente en nombre del socialismo) de lo que era posible en condiciones coloniales.

El nacionalismo, como tal, hace posible un nivel de auto-explotación que es imposible durante el periodo colonial. Como señaló el brillante Frantz Fanon:

la burguesía colonizada que llega al poder utiliza su agresividad de clase para tomar las posiciones previamente ocupadas por extranjeros. Blandea enérgicamente el concepto de la nacionalización de los cuadros... Por su parte, el proletariado urbano, la masa de los des-

<sup>18</sup> Seydou Kouyate, citado en “Dakar Colloquium: Search for Definition”, *Africa Report*, vol. 8, núm. 5, mayo 1963, pp. 15-16.

empleados, los pequeños artesanos, se alinean con esta actitud nacionalista.<sup>19</sup>

Se alinean con la burguesía nacional porque, en algún sentido especial, la burguesía misma está altamente "socializada". Así como en occidente se da el "aburguesamiento" de las clases trabajadoras, en la nación nueva se da la "proletarización" de la burguesía. África ha tenido una notable ausencia de la clásica perspectiva de conflictos de clase, y cree, por tanto, que la coerción puede ser reducida a un mínimo en el proceso de desarrollo. El socialismo mismo es redefinido para incluir a la burguesía nacional. El término llega a significar "un llamado para un esfuerzo común".<sup>20</sup> Aun si descontamos los aspectos retóricos de esta definición, debe apreciarse el hecho de que las naciones más nuevas ven que el desequilibrio entre política y economía puede ser eliminado a través de una identificación común con el desarrollo social como tal. Como lo expresara Sekou Touré respecto de África: "Sólo existe una y la misma clase, la de los desposeídos".<sup>21</sup>

Al nivel empírico el desarrollo depende en gran medida del punto hasta el cual las fuerzas económicas y políticas pueden ser movilizadas en un esfuerzo común para libertar a un pueblo, comunidad, o incluso un continente, de los grillos imperiales tradicionales. Y no olvidemos que al estar dispuestas a esperar los acontecimientos, las áreas más desarrolladas pueden proveer una ayuda inconmensurable a las áreas recientemente desarrolladas en la resolución de sus cuestiones políticas y estructuras económicas.

### *La contienda entre libertad e igualdad*

Quizá la dualidad última en el Tercer Mundo, tal como se encuentra ahora constituido, es la competencia mortal entre libertad o igualdad. El iluminismo francés y las revoluciones francesa y americana anunciaron la fusión de estos dos conceptos, del principio de la libertad personal y la igualdad de las masas. El utilitarismo debía suplir el cemento ideológico a través del cual la persona y la sociedad debían actuar como refuerzos mutuos.<sup>22</sup>

<sup>19</sup> Frantz Fanon, *Les Damnés de la terre*. Paris: Maspero Cahiers Libres, 1961, p. 118. Sobre este mismo tema, véase Manfred Halpern, *The Politics of Social Change in the Middle East and North Africa*. Princeton: Princeton University Press, 1963.

<sup>20</sup> Cf. A. Fenner Brockway, *African Socialism*. Londres: Bodley Head, 1963.

<sup>21</sup> Cf. Sekou Touré, *Expérience Guinéenne et Unité Africaine*. Paris: Presence Africaine, 1961.

<sup>22</sup> Sobre esta contienda entre libertad e igualdad véase J. L. Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy*. Londres: Secker & Warburg, 1954; Hannah Arendt, *On Revolution*. Nueva York: The Viking Press, 1963; y Irving L. Horowitz, *Radicalism and the Revolt Against Reason*. Londres: Routledge and Kegan Paul Ltd., 1961.

El cisma internacional dentro de la tradición democrática se expresó a través de los caminos opuestos tomados por dos sistemas económicos, capitalismo y socialismo. La "economía moral" de cada uno se endureció en una controversia ideológica acerca de la naturaleza esencial del hombre: el "egoísmo natural" del hombre fue identificado con las formas de producción capitalistas, mientras que el "altruismo" del "hombre socialista" fue identificado con el socialismo. El hecho que ni el egoísmo ni el altruismo tenían mucho que ver con el desarrollo del capitalismo o del socialismo —que, en realidad, todo tipo de componentes emocionales entraban en el cuadro— fue olvidado. Un verdadero torrente de retórica moralista irrumpió, como si la propiedad privada o la producción de artículos de consumo fuera en sí misma el guardián del egoísmo personal, y como si la apropiación de la producción de artículos de consumo por parte del estado fuera en sí misma lo último en materia de socialismo. La apelación a la "naturaleza humana" fue encajonada en las respectivas ideologías industriales de Oriente y Occidente, perdiéndose los problemas comunes enfrentados por las sociedades industriales.

Este cisma entre egoísmo y altruismo, entre la ideología capitalista y socialista, inició la competencia actual entre libertad e igualdad —entre liberalismo y socialismo, y entre John Stuart Mill y Karl Marx. Era el mito moderno del eterno retorno, fusionado al problema metafísico de la unidad y la pluralidad— lo individual y lo colectivo como modos de juicio contrastantes. Lo que los debates de fines del siglo XIX difrazaban era la esencial similitud al nivel económico entre las sociedades industriales. Los problemas enfrentados por el norteamericano y su contraparte europea, son, después de todo, bastante similares: el tipo de distribución deseable, la necesidad de integración industrial horizontal o vertical, el problema de los gastos y los ahorros forzados, etcétera.

El crecimiento del Tercer Mundo ha puesto finalmente todos estos problemas dentro de una cierta perspectiva. El Tercer Mundo ha demostrado que el sistema económico socialista no es consecuencia de la producción capitalista avanzada sino un camino directo desde el atraso al modernismo, sin la mediación y la obstaculización del bagaje de la historia industrial. El Tercer Mundo ha hecho que los leviatanes de Oriente y Occidente comprendieran que la manera en que habían dividido el mundo ideológicamente ya no era universalmente aceptable. El conflicto entre capitalismo y socialismo cedió bajo el firme tira y afloje de las naciones nuevas, hacia una nueva definición de la competencia entre libertad e igualdad —basada sobre las diferencias que aún existen entre naciones ricas y pobres. Cada nación nueva ha enfrentado el mismo dilema entre modos de vida de libertad y de igual-

dad. El único punto claro conocido hoy es que no existen soluciones automáticas. La libertad no es una consecuencia de privilegios electorales, así como la igualdad no es consecuencia de la abundancia. Los derechos de voto y la abundancia económica pueden prevalecer en un ambiente dolorosamente carente de libertad e igualdad. Ésta es la sobria realidad que cada nación nueva debe enfrentar al entrar al periodo de aceleración industrial.